



RAQUEL.

En ella se confía el corazón de su marido.
(Proverb. XXXI. 11.)

EL respeto que se tiene á la antigüedad no debe considerarse como una enfermedad del espíritu humano, ni como una flaqueza, de la cual deba ruborizarse. Lo mas antiguo no siempre es lo mas imperfecto: al lado de la lentitud posee el viejo la prudencia; y al mismo tiempo no falta nobleza y atractivo en la simplicidad de los antiguos dias. A mas de que, mirada la cosa bajo otro aspecto, las edades jóvenes son las que nosotros tenemos por antiguas: aquella era la bella infancia del mundo, la aurora brillante del dia de la humanidad: nuestra generacion es la que ha envejecido con el mundo: la inteligencia y el sentimiento en sus relaciones con la felicidad, parece que han degenerado en los siglos; y tal es el extravío de la razon humana, que hasta cierto punto parece que chochea de decrépita, y tal vez no está muy lejano el momento en que haya de tropezar con su sepulcro. Nada pueden

Nº 21.



Viuda é hijos de Arango, Editores.

J.M. VILLASANA

Lit. de Llano y C.^o

RAQUEL.

ganar los siglos presentes en decir mal de los siglos anteriores; ni las faltas cometidas por los hombres de otro tiempo garantizan la impecabilidad de los hombres de hoy. Dejemos á los muertos en la pacífica posesion de sus virtudes; esta es una justicia que se les debe, y ni aun humillemos su memoria con la vanidosa comparacion de lo que les faltaba con lo que hemos adquirido: esta generosidad nos honrará. De otra parte, aquello mismo que particularmente vituperamos en lo pasado, entraba tal vez necesariamente en un sistema general lleno de inmensas ventajas; así como lo que mas se alaba en lo presente, entra quizá en un sistema general lleno de los mas graves inconvenientes. Nuestra civilizacion, no hay duda, tiene sus maravillas que amamos y que admiramos, porque son hijas de este mismo siglo, del cual somos hijos nosotros; y el tiempo á que se une nuestra existencia es para nosotros una segunda patria que nos atrae. Admiramos, pues, estas maravillas, por mas que se diga que el pauperismo, siguiendo á la opulenta industria en sus caminos de fuego, amenaza á los que tienen con la indignacion de los que nada tienen. Las costumbres de las primeras edades tienen su gracia y su candidez, y podemos lamentarnos que hayan totalmente desaparecido ante las maneras refinadas de la vida moderna, por mas que haya en la rusticidad de las naciones incultas alguna cosa por la cual no sentimos la menor simpatía.

Sea como fuere, es muy de notar que aun los mismos que no quisieran para sí la vida sencilla y apasible del mundo primitivo, gózanse á lo ménos en la pintura que de ella se les hace; y perciben un sentimiento involuntario de tristeza y de dolor, al ver que ha pasado ya, para no volver, la inocencia pobre y la calma felicidad de los antiguos dias. Lo que de ella han cantado los poetas, ha quedado vivamente impreso en nuestra memoria; y estos cuadros no dejan de tener para nosotros un atractivo irresistible, aun al lado del ardiente tumulto y de la febril agitacion de nuestra época. Mas cuando estos recuerdos se toman de la fuente purísima de la religion, y se refieren á nombres consagrados por

ella, revístense de un embeleso mas puro, mas dulce todavía. Los que han visitado la Palestina, como peregrinos, llevando consigo una inteligencia elevada y un corazón noble y generoso, no han podido librarse al poner su planta sobre esta tierra de poesía y de prodigios, de una especie de temor respetuoso con que no habia afectado su alma la vista de Roma y de Atenas; porque la voz que sale del sepulcro de los pueblos ilustres, y la huella gigantesca que han dejado sobre este suelo, no tocan al alma de la misma manera que la voz y los monumentos de la religion. Lo mismo sucede á los que hacen su peregrinacion sobre los libros; sienten emociones mas profundas y de un órden mas elevado, visitando con el pensamiento el teatro de los sucesos religiosos que han cambiado la faz del mundo, que cuando recorren en espíritu los lugares en donde vivieron los grandes hombres, los cuales, cuando mas, no han representado ni defendido sino ideas humanas é intereses subalternos. Y de ahí proviene tambien que tan armoniosos suenan á los oídos cristianos los nombres de Jacob y de Raquel; y que se hallan en los relatos bíblicos atractivos de una tal suavidad, que hacen amar las costumbres de la edad patriarcal, no solo porque son sencillas y candorosas, sino porque fueron practicadas por nuestros abuelos en la fé.

Jacob, salido de la casa de sus padres, partia á la Mesopotamia, tanto para evitar el rencor de su hermano Esau, como para tomar allí por esposa á una mujer de su linage y de sus creencias. Despues de haber caminado todo el dia, se detuvo para descansar, inclinó la cabeza sobre una piedra, y se durmió. Hallábase ya distante sobre diez jornadas de Bersabé, de donde habia salido para dirigirse á Haran, y el sitio en donde se hallaba era cerca de Luza, que despues se llamó Bethel. Y durante su sueño, vió una escalera que por un extremo tocaba la tierra y por el otro los cielos, y el Señor se hallaba apoyado sobre la parte superior de la escalera, por la cual subian y bajaban los ángeles. ¿Figuraba esta vision la partida y futuro regreso de Jacob, ó bien era símbolo de otro grande suceso? Los sagrados expositores contemplan va-

rias figuras en esta misteriosa escala, marcadas todas con el carácter de la verdad y de una aplicacion real y positiva. Despues de convenir todos en que con aquella vision quiso el Señor manifestar á Jacob la particular proteccion y cuidado, bajo el cual le tomaba la Providencia en la soledad, afliccion y abandono en que se encontraba, admiran unos la imágen de esta misma Providencia, que vela en la conservacion de los escogidos, valiéndose, como de ministros y ejecutores de sus designios soberanos, de aquellos celestes espíritus, que suben y bajan de continuo, ya para acudir á nuestro socorro, ya para presentar al Altísimo nuestras lágrimas y nuestros suspiros. Otros contemplan en la escala una figura del misterio adorable de la Encarnacion del Verbo, que juntó el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad, mediante esta cadena mística de patriarcas y de santos, cuyos eslabones forman una série no interrumpida de fé y de esperanza, desde la cuna del mundo hasta la plenitud de los tiempos, y que se perpetuará por medio de los justos hasta que espiren los siglos. Sea como fuere, el pesaroso y fugitivo Jacob sintió su alma bañada de suavísimo consuelo, viendo en sombras al que, segun los divinos oráculos, debia nacer de su sangre, y en quien debian cumplirse tantas esperanzas; pues díjole el Señor: “Yo soy el Señor, Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isaac: la tierra en que duermes, te la daré á tí y á tu descendencia. Y será tu posteridad tan numerosa como los granitos del polvo de la tierra: extenderte has al Occidente y al Oriente, al Septentrion y al Mediodía, y serán benditas en tí y en el que saldrá de tí todas las tribus de la tierra. Yo seré tu guarda do quiera que fueres, y te restituiré á esta tierra, y no te dejaré de mi mano hasta que todas mis palabras queden cumplidas.” Jacob, al despertar, se sintió sobrecojido de un terror religioso, y alentado al propio tiempo por las promesas de lo alto: “¡Cuán terrible es este lugar, exclamó: aquí hay en realidad la casa de Dios y la puerta del cielo!” Levantándose, pues, de mañana, tomó la piedra que se habia puesto por cabecera, y derramando aceite sobre ella, la erigió en testimonio ó monumen-

to de aquel lugar en donde había tenido la vision santa. Y le puso por nombre Bethel, ó sea casa de Dios, é hizo este solemne voto: "Si el Señor estuviere conmigo ó me amparare en el viaje, y dándome lo necesario para mi alimento y vestido, volviere yo felizmente á la casa de mi padre, el Señor será mi Dios..... y le ofreceré la décima parte de cuanto me diere." Concluida esta escena, llena de profundos misterios, continuó su camino hácia el Oriente.

Este dulce y paternal comercio de la Divinidad con los hombres no ha cesado, bien que se presente en el dia bajo diferente forma. Seis mil años de una experiencia continua; la duracion milagrosa de la Iglesia despues de diez y ocho siglos; todas las naciones caminando á los rayos del sol del Evangelio, y fijando á su sabor el destino político de los pueblos que no han recibido el Cristo; la luz, el calor y la vida que se manifiesta en la doctrina católica; el conjunto de todas estas grandiosas escenas, forma una vision asaz magnífica, y presenta una série de escalones brillantes, que pueden conducir al hombre de la tierra hasta las alturas del cielo, y desde las tinieblas de una opinion falaz, hasta el seno espléndido de la verdad. Desde lo alto de este pedestal habla Dios por la voz clara y distinta de la Iglesia; y sobre la fé de su sagrada doctrina, la humanidad, esta augusta viajera, continúa con valor y seguridad su camino hácia las regiones del porvenir.

Entretanto llegó Jacob á un campo en donde tres hatos de ovejas descansaban junto á un pozo, esperando que se les diese de beber, pues la boca ó entrada del pozo estaba cerrada por una piedra, para que se conservase mejor el agua en aquellas llanuras, abrasadas por los rayos del sol. Cuando estaban reunidos todos los rebaños, se levantaba la piedra, y despues de haberlos abrevado, volvíase á colocar sobre el pozo. Dijo, pues, Jacob á los pastores: "Hermanos, ¿de dónde sois?"—"De Harán," respondieron ellos. Y añadió Jacob: "¿Conoceis á Laban, hijo de Nachor?"—"Le conocemos."—"¿Está bueno?"—"Sí, respondieron al viajero desconocido, y hé aquí á Raquel, su hija, que viene con

su rebaño." Y dijo Jacob: "Mucho queda aún de dia, y todavía no es tiempo de recojer el ganado á los apriscos: dad ántes de beber á las ovejas, y volvedlas despues á sus pastos." Y contesaron ellos: "No podemos verificarlo hasta que se junten todos los ganados y quitemos la piedra del pozo para darles de beber."

Hablando estaba todavía, cuando llegó Raquel con las ovejas de su padre, pues ella misma pastoreaba el rebaño. Aquellas ilustres familias, que podian contar toda la larga série de sus progenitores, vivian noblemente en el seno de la mayor abundancia, pero sencillamente y de una manera laboriosa. Gozando de una perfecta libertad, provistos de todo lo necesario para la vida, y moderados en sus deseos, formaban como unos pequeños estados, que el padre gobernaba como rey; verdadera monarquía, en efecto, pues nada faltaba á su poder real, sino vanos títulos y ceremonias incómodas. No se necesitaba rodear entónces la persona del monarca con el prestigio del aparato, porque su autoridad estaba en el corazon de sus súbditos. Su principal riqueza consistia en ganados: cambiaba de domicilio cuando faltaban los pastos, y se detenía donde los pastos se encontraban mejores y mas abundantes. Su imperio le seguía donde quiera, y con su imperio su felicidad. No se encerraba dentro de murallas, al modo de aquellos que buscan cómo evitar el castigo de crímenes consumados, y cómo asegurarse el medio de cometer impunemente otros nuevos: acampaba bajo tiendas y á cielo abierto, no teniendo que temer nada de Dios ni de los hombres. Sus mujeres y sus hijos llevaban, como él, el peso del dia y del camino, y pasaban igualmente su vida en la sencillez y en el trabajo. Tales fueron Sara, mujer de Abraham, y Rebeca, madre de Jacob, y tal era también Raquel.

Jacob, al ver á su parienta, y sabiendo que el ganado era de Laban, su tío, quitó la piedra que cubria el pozo, y el ganado se saturó de agua. En seguida el extranjero se dió á conocer, nombró á su madre, y levantando la voz, derramó lágrimas de ternura y de afeccion hácia su prima; y le dió un beso, segun la costumbre de saludarse que tenían los parientes mas cercanos. Hay en el

amor entre primos un embeleso secreto que participa de los dulces vínculos de la sangre, y de las simpatías delicadas de la sensibilidad. Jacob vió ya en Raquel su prima y su esposa, y un doble lazo de familia hizo saltar ya de gozo su corazón.

Raquel corrió á toda prisa para avisar á su padre. Laban vino en seguida al encuentro del hijo de su hermana, le estrechó en sus brazos, y colmándole de besos, le condujo á su casa. Y luego que hubo oído de su boca los motivos de su viaje, le dijo con el vivo interés de la amistad: "Hueso mio eres y carne mia," recordando así su parentesco, y prometiendo á su sobrino socorro y protección. Entonces hablaba por sí sola, sin mezcla de lisonja ni de afectación, la voz de los sentimientos naturales.

Entre tanto Jacob cuidaba de los ganados de su tío, y pasado un mes, le dijo éste: "¿Acaso porque eres hijo de mi hermana me has de servir de balde? Dime la recompensa que quieres." Laban tenía dos hijas, la mayor se llamaba Lia, y la mas jóven Raquel; pero Lia tenía los ojos legañosos, y Raquel era de una extremada belleza, sin imperfección alguna. Respondió, pues, Jacob: "Te serviré siete años por Raquel, tu segunda hija." En la mayor parte de los antiguos pueblos, el hombre debía comprar la mujer que tomaba por esposa, ó á lo ménos constituirle un dote. Jacob, salido de la casa paterna como fugitivo, no podía llenar las condiciones de costumbre, sino ofreciendo sus servicios en lugar de riquezas. Laban acojió gustoso la respuesta de su sobrino, y díjole, hablando de Raquel: "Mejor es dártela á tí que á otro alguno: quédate en mi casa." Jacob, pues, por espacio de siete años, para obtener á Raquel, se sujetó á todos los trabajos y fatigas del servicio. Y estos siete años le parecieron siete dias. Tanto era el afecto que á Raquel profesaba. Cosas hay que nunca nos parecen caras en demasía, cuando con mucho ardor las deseamos; y aunque las afeciones vehementes se aflijen con los largos retardos, con todo, saben maravillosamente extender sus angustias los encantos del objeto amado, y engañar así la lentitud del tiempo. La esperanza consuela los sinsabores de la privación, y las her-

mosas ilusiones que brotan del deseo comprimido, como las bombas brillantes que nacen de la espuma, embellecen como goees fantásticos los momentos de la tardanza. Nada hay tan delicioso ni duradero como las fruiciones que cria nuestra fantasía, en el horizonte encantado de su actividad, ántes que la fria y rápida realidad venga á disipar nuestros sueños de oro. El alma encuentra en lo que espera algo de aquella felicidad vaga é indefinida que solo puede llenar su inmenso vacío; pero cuando la verdad de su dicha se le ha presentado con todos sus límites, y no puede alcanzar mas allá, entónces cae desmayada, como avergonzada de su propia impotencia y engaño, tocando tristemente que todos los placeres de la vida no son mas que la sombra de sus propios devaneos. La vejez es árida y sombría, porque carece de deseos y de esperanzas, así como la aurora de la vida es hermosa, porque aparece teñida como los dorados tintes de la ilusión, que van desapareciendo como el humo.

Cumplidos los siete años de penoso trabajo y de continuos cuidados, pidió Jacob su recompensa. Laban dió muestras de acceder á su ruego; reunió á sus amigos, y celebró el festin nupcial. Era costumbre de aquellos tiempos introducir á las recién casadas en el aposento de su esposo, que se acostaba el primero, cuando era ya de noche, y cubiertas de rostro con un velo, cuando se acercaban al lecho del esposo. La palabra latina *nubere*, que ha quedado para significar el acto de casarse la mujer, significaba antiguamente el velarse ó cubrirse con un velo. Laban, pues, haciendo una sustitución que no puede de modo alguno justificarse, introdujo á Lia en lugar de Raquel, en el aposento de Jacob, despues de haberle dado una sierva, llamada Zelfa. Éste, cuyo corazón recto y sencillo estaba muy distante de presumir semejante perfidia, apasionado por Raquel, y viendo en todo al objeto de su amor, deslumbrado por todas las apariencias y el disimulo, silencio y artificio de Lia, que sin duda estaria muy bien prevenida por su padre, no conoció verosímilmente el engaño hasta la mañana. Laban y Lia eran altamente culpables. El carácter del primero

es de un hombre duro, artificioso, falaz, idólatra exclusivo de sus intereses, buscando tan solo sacar con el engaño, todo el partido posible del ciego, pero sincero amor que Jacob á Raquel profesaba. Lia fué tambien delincuente, porque usurpó los derechos de su hermana, y burló las esperanzas del inocente Jacob. Penetrado éste de aquel dolor profundo y amargo que sentimos cuando, burlados mañosamente en nuestra fé, se cortan de repente nuestras mas dulces esperanzas, reconviene á su suegro, le dijo: “¿Qué has hecho? ¿No te he servido yo por Raquel? ¿Por qué así me has engañado?” A estas naturales y apasionadas preguntas, contestó Laban con aquella calma cruel y páfida con que el sórdido interés cree satisfacer con fútiles pretextos, á las justas inculpaciones que le dirige la justicia ofendida ó la burlada inocencia: “No es costumbre de este país el casar las hijas mas jóvenes ántes de las mayores.” Si el pretexto era verdadero, alegarlo debia ántes de toda promesa dada á Jacob; pero el pretexto era falso, porque el celebrar públicamente las bodas, asaz manifestaba que en la opinion y en las costumbres del país, Raquel podia muy bien desposarse sin que Lia lo fuese. Pero lo que importa á los hombres codiciosos, no es el portarse con lealtad y franqueza, sino el llegar á su fin por cualquier medio que sea. Laban tuvo aún el atrevimiento de proponer á Jacob que tomase tambien á Raquel por esposa, sirviéndole él otros siete años, y el bondadoso Jacob, tuvo la condescendencia de consentir en ello, á pesar de la burla que acababa de recibir. Llegó por fin el suspirado momento. Laban dió á Bela por sierva á Raquel. Jacob la tomó por esposa, pasados siete dias de haber tomado la primera, y continuó en servir á su tio por el término convenido.

No hay duda que la poligamia es opuesta á la primera institucion del matrimonio, y nunca ha podido introducirse léitamente en el mundo sino á beneficio de una derogacion positiva de la ley fundamental. Creemos, pues, que Dios, que por necesidad habia permitido á los hijos del primer hombre el matrimonio entre hermanos y hermanas, permitió igualmente despues del diluvio la pluralidad

de mujeres, derogando así, en ambos casos, preceptos que el Evangelio vino despues á recordar, mantener, sancionar, y que los pueblos civilizados han respetado y seguido en sus códigos y en sus costumbres. En todas aquellas cuestiones, en las cuales se hallan complicados los derechos y los deberes respectivos de los hombres, la voluntad de su comun autor es una valla que no se puede traspasar impunemente. Y á la verdad, los principios son y quedan siempre inmutables; pero de otra parte las condiciones, á las cuales se refiere el bien y el mal, pueden ser alguna vez dislocadas; y el mismo acto exterior se reviste de una moralidad enteramente distinta. Así, lo que los patriarcas hicieron sin ser criminales, tomando simultáneamente muchas mujeres á título de esposas de primero ó de segundo órden, no se practicara en el dia sin grande escándalo, y sin atraer sobre sí el anatema de toda la cristiandad. Y sin duda que estas vergonzosas utopías que buscan un apoyo entre el fango vil de algunos instintos, no pervertirán el corazon de la Europa bautizada. El último esfuerzo de las pasiones humanas es insultar el dique que Dios les o pone; pero no destruirle. Dios hace lo que quiere, y lo que él hace no muere jamás.

Raquel tenia una parte mucho mayor que su hermana en la afecion de Jacob. Pero Dios, que dispensa á su arbitrio toda riqueza, y que se place muchas veces, ya desde este mundo á sublimar en gloria á los que nosotros abajamos con el menosprecio, dió numerosos hijos á Lia, ménos amada, y dejó á Raquel por largo tiempo estéril. En aquel tiempo de virtuosa sencillez, en que las leyes providenciales que dirijen el desarrollo del género humano, no estaban obstruidas ó embarazadas por los cálculos del egoismo; los hijos eran mirados como la gloria y la bendicion de los matrimonios, y teníanse por dichosos los padres que veian á la risueña turba de sus hijos florecer á su alrededor como un plantel de tiernos olivos. Raquel, viéndose estéril, aunque de santas y puras costumbres, no supo resistir á la debilidad de su sexo, y cedió al sentimiento poco noble que la envidia á su hermana hizo nacer en su corazon. “Dame hijos, dijo á su marido, y si nó, me verás mo-

rir." A tan indiscreta reconvencion, no pudo Jacob quedar indiferente, y la respondió, no sin algún enfado: "¿Por ventura estoy yo en lugar de Dios, que te ha privado de tu fecundidad?" Sábia y oportuna respuesta, que increpaba á Raquel, enseñándole, no solo que no debia dirigir á él sus quejas ni sus súplicas, y sí al Señor, de quien viene toda fecundidad, sino que, en vez de tener envidia á su hermana, debia humillarse delante del Señor, para conseguir de su bondad el bien que deseaba.

Vuelta en sí Raquel, y reconociendo su desvío por la reprehension de Jacob, adoptó con su marido el mismo medio que Sara habia tomado con Abraham, dándole á Agar su esclava. Este medio era lícito entónces; ya atendidos, como hemos dicho, los designos de Dios sobre la naciente humanidad, ya atendido el noble objeto que se proponian los patriarcas en la multiplicacion de sus familias, muy distinto del voluptuoso placer que suele autorizar la poligamia en las muelles legislaciones de Oriente.

Dióle, pues, Raquel á Bala por esposa de segundo orden, de la cual tuvo Jacob un hijo, al que puso su madre el nombre de Dan, y al otro Nephtali, nombres significativos, que, como todos los demas puestos á los hijos de Jacob, indicaban las circunstancias particulares en que cada uno habia nacido. Lo propio practicó Lia, viendo que habia cesado de parir, con su sierva Zelfa.

Lia y las dos esclavas habian dado á Jacob diez hijos y una hija, llamada Dina, cuando escuchó el Señor los ardientes votos de Raquel, y la hizo fecunda. Logró, pues, el hijo que tanto deseaba, y le puso por nombre José, nombre de doble alusion en el dialecto hebreo; pues de una parte aquel hijo le quitaba el oprobio de su esterilidad, y por otra le añadia un nuevo título al afecto de su esposo; quedando aun ella con deseos de que se le añadiese otro hijo; expresando de este modo que esperaba de la generosa proteccion del cielo otro favor y otro júbilo, semejantes á los que hacian latir entónces su corazon maternal.

Cuando nació José, catorce años habia que Jacob estaba en la Mesopotamia. Libre ya de compromiso alguno con su suegro, pen-

só en retirarse á la tierra de Canaan, de donde habia venido. Dijo entónces á Laban: "Déjame volver á mi país, y al lugar de mi nacimiento. Dame mis mujeres y mis hijos, por los cuales te he servido, pues quiero ya irme, y tú sabes bien cuales han sido mis servicios para contigo." Y respondióle Laban: "Halle yo gracia en tus ojos: tengo conocido por experiencia, que Dios me ha bendecido por tu causa; señala tú la recompensa que debo darte." A semejante propuesta, llena de sagacidad y de artificio, contestó el yerno: "Sabes bien de que manera te he servido, y cuanto ha aumentado en mis manos tu hacienda. Poco tenias ántes que yo viniese á tí y ahora estás rico, porque el Señor te bendijo con mi venida. Razon es por lo tanto que algun dia mire yo tambien por mi casa." Con todo, á vivas instancias de Laban consintió Jacob en quedarse, haciendo entre los dos un trato para arreglar los provechos que á cada cual pudieran pervenir. Y quiso el cielo que, sin separarse de aquel trato, la mayor parte de las ganancias quedasen á favor de Jacob, bendiciendo de este modo sus trabajos y su industria; por lo cual Jacob, sin faltar un ápice á su fidelidad ni al cumplimiento de lo prometido, adquirió riquezas considerables. Porque la virtud, fuente de goces interiores y garantía de futura felicidad, es tambien una condicion y un principio de dicha material, pues introduce la moderacion en nuestros deseos, y el orden en nuestros actos, y fecunda y asegura la obra del hombre, atrayendo sobre él el rocío de las celestes bendiciones.

Seis años habian trascurrido desde el nuevo pacto, y la prosperidad siempre creciente de Jacob, despertó la envidia de los hijos de Laban, á quienes oyó un dia Jacob que entre sí decian: "Hase apoderado Jacob de todos los bienes que eran de nuestro padre, y enriquecido con su hacienda, se ha hecho un señor poderoso." Descubrió asimismo en las maneras y en el semblante de Laban señales inequívocas de frialdad y de desagrado. Confirmóle Dios en la resolucion de volverse al país de sus abuelos, prometiéndole toda proteccion y socorro. Envió, pues, á buscar